

mente. Durante la comida hubo el más lúgubre silencio. El gran fabricante, á quien la presencia de Gaspar alegraba en extremo, estaba uraño como un jabalí, reprendía ásperamente á los criados sin el menor motivo, y llevó su irritabilidad hasta despedir á dos ó tres de ellos. Su confianza en el vizconde, que habia vacilado durante un momento, renació más floreciente y más robusta que nunca, despues de una hora de reflexion. El pobre hombre estaba seguro de que la calumnia queria hacer presa sobre Gaspar, y esperaba que éste saldría victorioso así que volviese á la Trelade. Esta esperanza le sostuvo hasta que llegó la noche; pero las estrellas iluminaron el cielo, y Gaspar, cual otro Malborough, no vino. El infortunado M. Levrault se dejó caer entonces en una butaca, entregado al más hondo abatimiento. Poco despues se levantó lleno de impaciencia, é iba de habitacion en habitacion maldiciendo á los la Rochelandier, y pidiendo su vizconde á su hija, como Augusto pedia á Varo sus legiones.

## VI

El vizconde entre tanto, despues de haber vuelto la cabeza más de veinte veces, para ver si M. Levrault ó alguno de sus criados le seguía, despues de haberse sentado de cuarto en cuarto de hora á lo largo de las avenidas, habia regresado al fin al castillo de sus antepasados. Pero en qué estado, ¡justo cielo! Imagínelo cualquiera. Galaor apenas pudo reconocerlo, y empezó á temblar por su salario. El castillo venia á ser un monton de piedras, en medio de las cuales quedaba en pié una sola ala del edificio. Los chuscos de la comarca solian decir que la casa de Montflanquin no volaba, sino con una ala sola.

Esta ala rebelde, cuyo estado era ménos sólido que el pintoresco, no debia ofrecer un asilo muy seguro cuando hubiera temporal. En aquel asilo,

sin embargo, solía hallar de vez en cuando un refugio el bueno del vizconde, cuando iba á ella á descansar de la procelosa vida de París, y huyendo de la curiosidad de ciertas gentes. El interior de la casa correspondía todo á la idea del lujo y magnificencia que de ella formaba el que la contemplaba de fuera.

Y aquí hago punto por respeto á la memoria de los Baudouin y los Lusignan.

Cuando el vizconde sintió lo horroroso de su estado con mayor intensidad fué á la hora de comer. Tres meses hacia ya que el pobre Montflanquin dosemeñaba esta función en la Trelade; el insigne Galaor, durante ellos, se las campaneó de su cuenta y riesgo, y aquel día, como todos los demás, con nada más contaba para hacer cocer la olla, que con su inteligencia. Escusado es decir, por lo tanto, que vivía de la rapiña y el pillaje. Los medios que empleaba eran sencillísimos. Rondaba constantemente los gallineros y las conejeras y al menor descuido hacía su agosto. Apenas había en dos leguas á la redonda una cuadra donde el buen tunante no hubiera puesto en práctica alguno de sus recursos. Escasamente habían acabado de poner los huevos las gallinas, cuando ya se hallaban en su bolsillo; raro era además el día en que algun arrendador no tuviera que achacar á la zorra el hurto de un gallo ó de un pavipollo. La

zorra, sin embargo, no era otra que Galaor, el cual merodeaba para cubrir sus necesidades, ni más ni ménos que lo hacía Caleb en honra y prez de su señor. ¡Medítese, pues, júzguese, contémplese, cómo se quedaria Montflanquin al ver humear sobre su miserable mesa un guisado de conejo, despues de haberse acostumbrado durante tres meses á las exquisitas viandas y deliciosos vinos de la Trelade! Aquel guisado, un jarró de vino peor que rejalgar, y un poco de queso de leche de cabras, que su lacayo había birlado la víspera en un caserío, era lo que constituía la comida del vizconde Gaspar de Montflanquin.

Puesto de codos sobre la mesa (que no tenía mantel), y con la cabeza apoyada entre las manos, el vizconde no se había resignado aun á hacer los honores á los talentos culinarios de Galaor. Hallábase cada vez más abismado en la amargura de sus pensamientos, cuando sintiendo de improviso que una mano extraña se apoyaba en su hombro, el corazón le dió un vuelco de alegría; aquella mano, en su concepto, no podía ser de otro que de M. Levrault; así es que se quedó no poco sorprendido cuando al volver la cabeza se halló frente á frente con maese Jolibois.

—Vamos á cuentas, señor vizconde, le dijo alegremente el pasante de notario, cuya venida no te-

nia otro objeto que el vigilar de cerca al presunto yerno de M. Levrault. ¿Cómo estamos? ¿á qué altura se hallan nuestros negocios? ¿tardaremos mucho á incorporarnos con los millones del papá-suegro?

—¡Todo se lo llevó ya el diablo! exclamó Montflanquin volviendo á caer casi desfallecido sobre su silla de paja.

—¡Cómo! repuso estupefacto Jolibois, pensando en sus ochenta mil libras. ¿Tiene V. gana de chancarse, señor vizconde.?

—¡Para chanzas estoy yo! ¡Todo se ha perdido.....! estamos arruinados completamente; hemos sido robados y saqueados, como si nos hubieran acometido en lo más intrincado de un bosque! Los la Rochelandier han salido á la plaza!

Maese Jolibois dió un salto descomunal al oír estas palabras, como si hubiera estallado un petardo entre sus piernas.

—¡Condenacion eterna! repuso el vizconde con un gesto cuya salvaje energía es imposible describir. ¡Haber desplegado más génio que demostró tener M. de Talleyrand en el Congreso de Viena; haber imaginado tantas sábias combinaciones, y gastado más talento, paciencia y habilidad de la que se necesitaria para escamotear un reino; no haber descuidado nada, y preverlo y calcularlo todo.....! ¿Y para qué.....? Para fracasar en el

puerto. ¡Estúpida casualidad.....! ¡Oh! maldita seas.....! Ya ibamos á triunfar, Jolibois; ya tenia casi cogido á ese cernicalo de M. Levrault..... ya lo habia conducido á que me lanzara su hija y sus millones á la cabeza..... la partida estaba ya casi ganada..... su semblante irradiaba de bestialidad y de gozo..... ya me abria sus brazos..... ya iba á llamarme su yerno.

—¿Y qué, señor vizconde?

—¿Qué, Jolibois? Que precisamente en aquel momento se presentó su hija, trayendo consigo á ese belitre de la Rochelandier.

—Pero ¡caramba! exclamó Jolibois dando una patada en el carcomido suelo; ¿por qué no ha seguido V. al pié de la letra mis observaciones?

—¡Por vida del demonio, repuso Gaspar! ¿me toma V. acaso por un chiquillo? Hoy, esta mañana, hace solamente algunas horas, ni el padre ni la hija soñaban siquiera, despues de una residencia de tres meses en la Trelade, que existiesen semejantes Rochelandier bajo la capa del cielo. Para alejarlos del castillo fatal, que yo hubiera rodeado á serme posible de lazos de lobo, habia hecho todo cuanto me era dado hacer humanamente; hasta el inventar leyendas. Pero ¡ay! ¡vana precaucion, Jolibois! Estaba escrito, sin duda, que todo se lo habia de llevar la trampa, y se cumplió mi estrella: para esto era preciso que á la tontuela

de Laura se le antojase hacer caracolear á su caballo bajo las ventanas de la Rochelandier, y esa condenada marquesa, que juraría yo que se hallaba hace tres meses asomada á una de ellas, acechando á la señorita Levrault, como la araña á la mosca, se precipitó sobre su presa.

—Grave es eso, señor vizconde, porque la marquesa no habrá dejado de hablar de V. á su futura.

—¡Y figúrese V., si me habrá tratado con compasión! ¡Y eso que de mí no podía decir nada malo, gracias á Dios!..... Esto, no obstante, lejos de desmentir mi ilustre raza, he procurado conservar puro el nombre de mis gloriosos antepasados, diciendo que los la Rochelandier han sido en todas épocas enemigos acérrimos de mi casa, y que mi adhesión al trono de Julio, no debía ser un paso muy á propósito hácia nuestra reconciliación. Pero en resumidas cuentas, lo cierto es que la marquesa tiene gran interés, sin duda, en quitarme el concepto para con los Levrault, puesto que se entretiene en contarles lindezas mías.

—¡Muy grave es eso! repitió Jolibois, moviendo de un lado á otro la cabeza.

—Si se tratase únicamente de mí, añadió Gaspar, fácilmente tomaría yo mi partido; pero ya sabe V., mi querido Jolibois, que si me he metido en semejante negocio, ha sido solo en interés su-

yo; solo por V., y para V. trabajaba. En ventaja ó provecho propio, puedo jurarle que no hubiera rebajado jamás la dignidad de mi carácter hasta ir á los alcances de la hija y de los millones de un triste mercader de paños. La amistad que á usted profeso, y el reconocimiento que á él me liga, han sido los únicos motivos que á ello pudieron decidirme. Lo que al presente me desconsuela es el pensar que tendrá V. que esperar todavía por algún tiempo el reembolso de la cantidad que soy en deberle.

—¡Cómo! ¿me haría V. el ultraje de creer, señor vizconde, que al meterlo á V. en esta empresa, he pensado en mí un solo instante? ¿Sospecharía V., por ventura, de la sinceridad de mi abnegación hasta el punto de suponer que, al ofrecerle una ocasión tan calva de restablecer su fortuna, trataba yo únicamente de recuperar mis fondos?

—¡Lo repetiré una y mil veces! exclamó el vizconde, levantando arrogantemente la cabeza; las riquezas importan un bledo á un Montflanquin; los que llevan tan preclaro nombre, lo único que desean es conservarlo sin mancilla. Insisto, pues, Sr. Jolibois, en decir á V. que solo en obsequio suyo podía yo consentir en humillarme ante la opulencia.

—Y yo, repuso Jolibois con orgullo, sino tengo blasones, tengo en cambio un tarjetón sobre lo

puerta de mi casa, cuya conservacion me interesa tanto como puede interesar á V. el conservar sin mancha sus escudos de armas. De consiguiente, al anunciar á V. los millones de M. Levrault, únicamente tenia presentes las ventajas que podia reportar á V. esta noticia y el porvenir de su casa. Si no me engaño, creo que le decia á V. en una de mis cartas que la ley más dulce para mí es la de servir sin esperanza alguna de recompensa y sin segundos fines á las personas á quienes amo y estimo.

—Ya hace algunos años, maese Jolibois, que es V. acreedor mio; prosiguió Gaspar bajando de tono.

—¡Oh! ¡por la Virgen santísima, señor vizconde! ¿á qué viene ahora el hablar de esa miseria? En resumidas cuentas, ¿es más todo ello que una cantidad de ochenta mil libras, cuyos réditos ha descuidado V. de pagar durante diez años? A lo sumo, y ya que V. se empeña, añadiremos á ambas partidas para el arreglo de nuestra cuenta hasta el dia, los pequeños adelantos que le hice para que pudiera presentarse en la Trelade de un modo más decoroso. Por lo demás, esto no debe quitarle á V. el sueño. Si en alguna ocasion tuvo V. que sufrir alguna molestia á causa de esos ochenta mil francos, ya sabe V. que no es á mí á quien debe culpar de semejante cosa, sino á la testamentaria de mi padre.

—De suerte, mi querido Jolibois, que, segun eso, ¿ningun inconveniente tendrá V. en aguardarme aun por espacio de algunas semanas? ¡quién sabe si la fortuna, que tan suegra se muestra conmigo hasta la presente, se cansará algún dia de perseguirme!

—Señor vizconde, si V. no tiene ganas de ofenderme y de que tome la puerta, le ruego encarecidamente que no hablemos más del asunto. Ahora que me acuerdo, todavía no me ha contado usted lo que pasó en la Trelade despues del regreso de la señorita Laura.

Gaspar se lo refirió todo, como á un confesor ó á un médico, sin ocultarle ni la más insignificante circunstancia.

—¡Bah! exclamó Jolibois, despues de haberle escuchado sin pestañear siquiera: el asunto no está tan desesperado como yo habia creido en un principio. Aun no se ha perdido del todo la partida, señor vizconde. Tenemos, es verdad, á la hija en contra nuestra; pero el padre está á nuestro favor.

—¡Ah! ¡mi querido Jolibois! eso mismo me decia yo cuando salí de la Trelade: ya me conoce V., y sabe que no soy hombre que se ahoga en poca agua. Pero, ¡ay! aun cuando yo contaba con las inspiraciones de mi génio, aun cuando me parecia imposible que M. Levrault no viniese en persona, ó mandase alguno á buscarme, aun cuan-

do se me figuraba que iba á regresar en triunfo á su castillo, todo me ha faltado á la vez. M. Levrault no ha salido de su huronera, y mi imaginación, tan fecunda en recursos, ninguno me ha sugerido. Jolibois, mi estrella empieza á apagarse; el brillo de la de los Rochelandier la oscurece.

—Todavía no, señor vizconde, todavía no. Yo no diré que al fin y al cabo no nos arrebatan el triunfo; pero hemos de tener ¡vive Dios! la honra de disputárselo palmo á palmo. No ha de decirse de nosotros que hemos sucumbido sin gloria, ni que hemos rendido las armas antes de combatir. Vamos, alce V. esa frente, tenga valor y esperanza. Las leyes del destino no son invariables. Si hemos tenido nuestra derrota de Waterloo, otro día alcanzaremos la victoria de Austerlitz.

—¡Como! mi querido Jolibois, mi noble amigo, exclamó Gaspar cuyo semblante se alegró como por encanto; ¿tendría V. por fortuna algun medio para reembolsarse de sus maravedises?

—Al ménos creo tener uno, excelente para restablecer el esplendor de la casa de Montflanquin! repuso Jolibois con el tono inspirado de un profeta.

Y ambos interlocutores se lanzaron cariñosamente el uno en brazos del otro.

—¿Qué medio es ese? preguntó Gaspar pasado el primer momento de efusion.

—A los postres se lo diré á V. Pero.... ¡cómo!... ¿es esta toda la comida de V., señor vizconde?

Y al ver que este bajaba los ojos, y que no respondía una palabra, el notario prosiguió con el mayor énfasis:

—No ha de decirse ¡pardiez! de mí, que he visto impasiblemente al heredero de una familia poderosa en otra época, comiendo en el castillo de sus mayores un triste guisado de conejo. Galaor, añadió en voz baja, apareja mi caballo, y vete corriendo á Clisson á traernos que comer y que beber de una manera decorosa. Vamos, hijo mio, anda, que yo soy quien costea la fiesta.

Y así diciendo le puso en las manos unas cuantas monedas de plata.

Una hora despues ya se hallaba de regreso Galaor, el cual puso sobre la mesa dos enormes canastillos llenos de viandas, cuya vista acabó de regocijar al vizconde. La comida fué alegre. Los dos convidados comieron y bebieron por cuatro. La confianza de Jolibois se hizo comunicativa al corazon de Gaspar.

M. Levrault fué el tema invariable de la conversacion; júzguese, pues, si ambos apóstoles se divertirían ó no á sus espensas. Uno y otro se lanzaban alegremente al ex-mercader de paños, y se lo devolvían como una pelota. Si el bueno de M. Levrault hubiera podido escucharlos desde un

rincon, sin ser visto, no dudo que el pobre diablo hubiera quedado satisfecho.

A los postres, segun habia prometido maese Jolibois, expuso el plan de la batalla, que pensaba dar al dia siguiente. Su objeto no era otro que detener los progresos de los Rochelandier, y ganarles la oposicion, valiéndose de un golpe de audacia.

Debian suponer, sin embargo, que no habria descuidado Laura el dar á su padre la voz de alerta; pero Jolibois confiaba, y tenia una casi seguridad en apoderarse del gran fabricante, en cuya opinion tomaba á su cargo el perder á la marquesa y á su hijo, así como el restablecer en ella al vizconde, levantándolo á mayor altura que hasta entonces habia estado. Mientras el pasante de notario emprendia tan árdua empresa, Gaspar iria á echarse á los piés de Laura, ante quien se justificaria, atribuyendo al exceso de su amor las maniobras que habia empleado para alejar á los la Rochelandier. Maese Jolibois fundaba sus principales esperanzas en una escena de pasion bien conducida y traída á cuento. El vizconde se comprometió por su parte á estar seductor é irresistible.

Gaspar que conocia perfectamente los deberes de la hospitalidad, propuso á Jolibois que pasase con él la noche en el castillo, y el pasante de nota-

rio aceptó con tanto mas gusto, cuanto que la noche estaba lluviosa y fria. Aun cuando esta se hallaba ya bastante adelantada, no era hora aun, sin embargo, de que nuestros dos amigos pensasen en ir á acostarse.

Para matar el tiempo hasta media noche, el vizconde propuso á Jolibois una partida de *Lansquenet*.

—Pero..... ¿Y naipes? preguntó este á Montflanquin.

—Galaor, dijo el vizconde á su lacayo; registra los bolsillos de mi frac viejo.

Con gran sorpresa de maese Jolibois, Galaor regresó de allí á un momento, y puso sobre la mesa un enorme paquete de barajas.

—¿Y dinero? preguntó segunda vez el notario.

—Es verdad, repuso Montflanquin; pero aun cuando todavía no he tocado este año á un solo maravedí de mis rentas, gracias á V., me quedan todavía algunos francos en mi escarcela.

El vizconde y maese Jolibois proseguian todavía jugando á las dos de la mañana, y el segundo habia ya perdido una suma bastante regular.

Despues de almorzar con los restos del festin de la vispera, Esteban Jolibois y Gaspar de Montflanquin partieron juntos para la Trelade, el segundo á pié, y el primero á caballo para llegar antes, conforme habian convenido.